COLECCIONES

HACIA

La Tierra • El Hombre • La Poesía







LOS HERMANOS DE LA COSTA

de la Mesa de Antofagasta: Guillermo González, (Lugarteniente), Ibar Méndez, Andrés Sabella, Jorge Salgado, (Lugartenientes Honorarios), Fernando Anrique, (Delegado del Consejo de Los Quince), Sergio Are-Fernando Cenzano, Roberto Gamboa, Patricio Gómez, Dusko Kuljic, Jorge Letelier, Waldemar Lyon, Julio Munizaga, Fernado Muñiz, Hugo Patiño, Juan Rivas, Jaime Rojas, Hernán Román, Rodolfo Sanz, Capitán Alfredo Silva, Luis Swaneck, Demetrio y Pedro Tirado y Osvaldo Ventura, saludan los cuarenta años de publicación de

"BARCO EBRIO"

editando este cuadernilo en homenaje a su autor, nuestro querido Hermano

SALVADOR REYES

CUADERNILLOS PUBLICADOS

58 - POETAS RIOPLATENSES.

SALVADOR

PROCESAR

nacido en Copiapó, no siente el clamor de los metales. Otro es el coro que le impacienta; un coro lejano, vivo más allá del risco atacameño:

> "Dentro de mí hay un viejo lobo de mar, el buen piloto de un bergantín negrero...",

declara en la primera página de su libro "Barco Ebrio", (1), precipitándose en la ola de la aventura y de la nostalgia:

> "El timonel va abriendo un surco que nadie ha de sembrar", (2)

"Barco Ebrio" surge al influjo de una cuarteta de Rimbaud: "La tempestad bendijo mi despertar marino", (3)

El mar no conmueve a los chilenos durante casi tres siglos y medio. Pedro de Valdivia habla al Emperador Carlos V de "unas costezuelas apacibles". Alonso de Ovalle alaba a "las nubes de agua" y enreda sus ojos en las aguas de la tierra, que "aquí se levantan en forma de penachos y vistosos plumajes". Francisco de Pineda y Bascuñán ve "muchachonas desnudas en el agua" de un estero. Guillermo Matta llama al mar "generador de vida". Carlos Pezoa Véliz describe en 21 estrofas la "Vida del puerto", donde sobresalen, como únicos elementos directos "un marinero de buena facha" y "la popa de algún lanchón". Guillermo Labarca, en 1911, publica "Mirando al Océano", con lo que se convierte en el primer atalayador de nuestras letras:

> "El mar me atrae poderosamente... Me encanta el aspecto del mar, del mar gigante".

Salvador Reyes, empapado de horizontes fantásticos, marino de sus quimeras y obstinado mendigo de imposibles, crea poemas en los que las palabras son pretextos sutiles para sus evasiones, para sus saltos sobre la monotonía de las ciudades con respiración de por cientos:

> "En el puerto una canción tendió las alas", (4)

Es el delfín tentador. El mar parece brotar de sus manos: "Barco Ebrio" reclama encuadernarse en madreperla. Más que un libro de poesías, es agua oceánica purificadora que nos limpia de la cobardía de no soñar:

"!Oh. nada de eso existe para la gente burguesa", (5).

(1) Nascimento, 1923. Portada de Luís Meléndez. "Bateau Ivre" de Arthur Rimbaud es de 1871.

El tomo de Reyes está dedicado "Para la sombra de Ricardo Corbalán

Trumbull" y consta de las siguientes partes:

a.—"Barco Ebrio", (de la pág. 5 a la 16),

b.—"Mía", ("A la que es en mi vida una canción fervorosa"), de la pág. 17 a la 36, y

c.—"Peregrinario", ("Al poeta Salvador Valverde en los
puertos del sur"), de la pág. 37 a la 48)

(2) "Viaje", pág. 12.(3) Traducción de "Bateau Ivre" por Enrique Diez- Canedo,

(4) "Partida", pág. 16.(5) "El oso", pág. 46.

DENTRO de mí hay un viejo lobo de mar, el buen piloto de un bergantín negrero...
—¿Acaso el del divino
Tristán Corbiere?

—Acaso...
Lo que puedo decir, seguramente,
es que, durante muchos años,
he vagado por todos los puertos del mundo
con una humosa pipa entre los dientes.

Por eso ahora nada
deseo conocer,
sino gozar, de nuevo, de lo que ya fué mío:
los barcos viejos,
los vertiginosos amores
y el Mar Latino.
¡Eso fué antaño! Hoy día
soy un hombre sensual y aburrido
que escribe versos, que vive y adora
las ciudades canallas y las mujeres tristes.
Y después de todo impldito

Y después de todo, ¡maldito lo que estas historias importan!

EVOCACION

TELARAÑAS de jarcias, laberinto de mástiles sonoros: frente a los puertos canta la nostalgia. Su mano iba desnuda

al encuentro de todos los adioses por la emoción doliente de las rutas

Y su elegancia envenenó la tarde con el aroma y el presentimiento de lo que nunca volverá a encontrarse...

Ella fué, acaso, quien prendió en mi vida la canción que cantaran por el mundo

sus labios de incansable peregrina...

Frente a las puertos canta la nostalgia y las manos se alargan suplicantes hacia los barcos mágicos que zarpan.

Para un éxodo de melancolía los viejos marineros silenciosos tienden el puente de humo de sus pipas.

Y el corazón se queda sollozando por el recuerdo de una mujer triste que en un barco, una vez, pasó a su lado...

P U E R T O

DE los "steamers" elegantes desborda el oro recogido en los ocasos de otros mares.

Se exalta la emoción divina de los viajes.

Sugieren aventuras imposibles las algaradas de los tripulantes.

El corazón se enreda en las complicaciones de los mástiles.

Las mujeres de abordo traen aromas de la vida errante y encendido en sus ojos el recuerdo de París, de New York, de otras ciudades...

El puerto sueña frente al horizonte donde se agota el oro de otras tardes y acoge el corazón de los marinos en sus tabernas y en sus arrabales.

Los hombres vagabundos llenan las noches con las claridades canallescas y locas que traen de las grandes capitales.

La voluptuosidad torturadora del ansia de alejarse grita un adiós desesperado y bello...

Se perfuma el recuerdo de otros mares...

En torno de las mesas los marinos agrupados.

Cien cantos de la tierra natal, cien cantos distintos despiertan en la esmeralda de las copas.

Medio borrachas, las rameras entregan en sus bocas pintadas

promesas obscenas.

Los violines dicen su queja honda mientras se desenvuelve el humo de las pipas y el humo de las horas No volverán a besarse nunca

las mismas bocas.

Ellos se irán mañana, cualquier día, y sus borracheras de alcohol y de horizontes alegrarán las calles de otros puertos.

Ahora no piensan en nada...

las voces... los besos... La taberna en la noche acre y ardiente del puerto.

Ellos se irán, cualquier día, floreciendo las rosas monstruosas y blancas

de sus dorados veleros.

A R C B

> F.L. velamen empapado en la charca de la tarde y un marinero viejo en la popa, fumando tabaco de silencio.

No se acorta la estela del recuerdo. Girones de aventuras

se enredan a los mástiles v ensangrientan la ruta. Nostalgia... Vida...

(El cargamento desborda en la escotilla). El viento agita su pañuelo:

Adiós...

Adiós...

Mujeres errantes en la tristeza de todos los mares.

Los labios cantan, pero en los puertos siempre las manos cortan las amarras.

P A R T I D A

F N el puerto una canción tendió las alas...

¡Huir!...

Aquellos marineros se embarcaron alegres con sus frascos de Gyn.

El faro...

(Brazos de luz estrujan despedidas)

Sobre los barcos náufragos llueven rosas antiguas y en brutales palabras se ahogan, una a una, las estrellas marchitas.

Zarpamos. . .!

El piloto clava en la sombra su silbato mientras leva las anclas la canción tripulada. A la sombra de mi chambergo hago la vendimia de sus besos.

Por las callejas solas el Otoño nos sale al encuentro. Siempre nosotros pasamos sin verlo.

Ella tiene en sus ojos de almendra cautivos los horizontes marinos.

Su corazón de música es el puerto para todas las naves de mi ensueño.

Y será en su alegría que beberán el agua de tristeza mis versos y mi vida.

Por no quebrar su imagen reflejada es una charca muerta, mi alma.

Y así puedo guardar el tesoro doliente de su frivolidad y elegancia.

Cuando se marche se irá mi juventud entre sus manos.

Mucho antes de encontrarla, todos los caminos me decían la canción de sus labios. Ŕ

En mi pipa recibo
los radiogramas del recuerdo,

Con las estelas de todas las quillas que me han precedido fabrico una mortaja para la canción de su nombre.

Cuatro estrellas crucifican la noche.

¡Su nombre! Inclinado en la borda lo siento llegar en las tristes corrientes del norte.

Lejos, los puertos sucios perfilan sus gritos de vicio y de adioses.

S A U D A D E

Puñales de caminos cortaron las palabras.

Por tí mi soledad caza crepúsculos y les rompe las alas.

Hacia tus pies desnudos va a morir el oleaje de mis días.

Tú callas.

Y los cuatro horizontes se amarran con las letras de tu nombre,

Yo te entregué el Otoño y lo perdiste.

Sin embargo, llorabas.

Y en el jardín llovido por tu recuerdo vuelvo a beber tus lágrimas. Yo vengo de tan lejos que el polvo de la noche ha quedado prendido a mis cabellos.

He quemado en mi pipa las canciones antiguas.

Y estoy solo.

En otro tiempo quise resucitar la estrella vespertina y encender en el viento los amores errantes.

(Hacer de esta luna amarilla el rostro de un Pierrot en agonía).

Pero, soñaba tanto, que, una vez, un amor se anudó a mi garganta.

¡Y he llorado!

¡Quise atar en el viento la canción de la vida...!

LA CIUDAD DE ORO

CIUDAD de oro junto al mar...

Gritos nostálgicos flamean en los más altos minaretes.

De los barcos anclados en la rada hombres de distintos colores descargan frutos extraños y piedras fabulosas.

Los marineros de "jersey" fraternizan con otros que se cubren de pieles de panteras.
Y los vicios de todos esos hombres, como los ojos de los felinos, centellean en las noches.

Los mujeres parecen bayaderas indúes. Llevan "kool" en los ojos y carmín en los labios y al andar contornean lascivamente las caderas .

En las noches, hombres y mujeres bailan en torno a las grandes hogueras extrañas danzas.

El silencio, como un perro apaleado, huye de todas partes.

En las grandes avenidas, en los palacios magníficos, la vida voltejea, como los fuegos de artificio.

Allí, como en las miserables callejas, se agazapa el secreto de cosas terribles, dulces y estupendas.

Todos los colores más vivos arden en la ciudad de oro; todas las cálidas músicas baten sus tambores sonoros, todos los perfumes hierven lujuriosos.

El sol de los atardeceres está incrustado de piedras preciosas.

Y, allá, en lo alto de la colina, por la cual no trepa sendero alguno, hay un palacio bizantino que custodian siete panteras negras.

CANTA el sol.

Por las calles ruedan sus gritos de oro.

Blanca, azul, amarilla, roja, la ciudad en el viento parece una bandera sonora.

Las mujeres en el pentagrama de sus pasos. musicalizan el estruendo urbano

Hay un "music-hall" dormido bajo el sol, como un lagarto.

Con el trajin de los comerciantes hace malabarismos un gnomo antipático.

Discutimos.

El tiempo anda.

La vida, aquí, es un charco de agua oscura en el cual no se refleja nada.

Torno a la calle.

En el café he dejado olvidados mis guantes y mi alma. LA gente se agrupa en corro para aplaudir la tristeza del oso.
Oso

nostálgico y danzante, cuyas patas sabias rompen la telaraña del baile.

Suena la pandereta. La danza es grave, lenta.

> ¡Un espectáculo admirable! El gitano

para fustigar el cansancio trae un haz de caminos en la mano.

Y, puesto que es un príncipe, desde el fondo del tiempo su estirpe.

La gente burguesa no ve más que un gitano y un oso con cara de persona buena.

¿Y todos los paisajes?

¿Y la carreta? ¿Y las músicas tristes? ¿Y las kábalas y las tiendas plantadas a todos los vientos?

¡Oh, nada de eso existe para la gente burguesa!

Los bohemios pasan.

Las avenidas, las calles, las plazas tienen los ojos sin lumbre para el misterio de la danza.

Yo he visto un oso, bailando al sol de otoño.

I

D ISTRAIDO, en vez de capa, traje en mis hombros la angustia y ahogué la lumbre vertiginosa de la noctámbula; pero, ¡se vuelve a encender!

II

Pirotecnia funambulesca, bambalinas... El cabaret arde en la orquesta.
Triunfa el verde: noche, ajenjo y un grande amor que se fué.
Baila, saltando el violín de la bohemia.
¿Quién tendió este puente loco de mi hoy hasta mi ayer?

III

Las risas de las mujeres trizan el cristal nocturno.
Luminosa carne de pecado. Está verde de vicio la noche.
Fumo, el humo cubre mi alma.
¡He aquí el placer de fumar!

IV

Quiebro una estrella en mi copa y ese licor encendido se lo bebe una mujer. Después, mi varillita encantada: uno, dos, tres, da un golpe y desaparece el cabaret.

ESTE CUADERNILLO

terminó de imprimirse el 13 de Diciembre de 1963. Trabajaron en sus páginas los maestros gráficos René Araya, Mario Collao, Héctor González, Hugo Mujica V., José Oliva, Juan Rivera, Samuel Rojas y Víctor Rojas.

¥

ESTE LIBRO FUE DONADO A
LA BIBLIOTECA MACIONAL DE
CHILE POR EL ESCRITOR
ANTONIO DE UNDURRAGA



EDICION NUMERADA DE 300 EJEMPLARES

Ejemplar

Nº 285

B

R